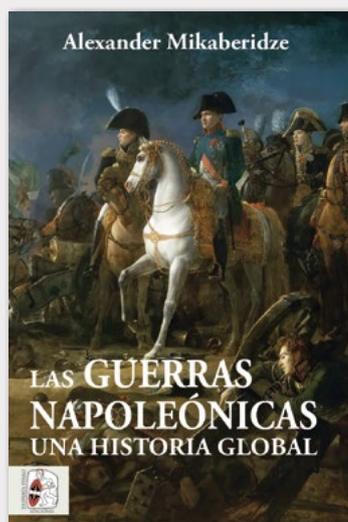


Las Guerras Napoleónicas, la primera guerra global

El batir de las alas de una mariposa. Eso fue la Revolución francesa de 1789 que derivó en las Guerras Napoleónicas, cuyo impacto provocó un auténtico huracán que se extendió por el mundo entero. Aunque la feroz lucha por la hegemonía tuvo como escenario principal el Viejo Continente, estas se libraron por todo el globo.

De Rusia a Egipto, de Francia a Estados Unidos, de España a la India, sus transformadoras consecuencias llegaron a todos los confines del mundo.



Las Guerras Napoleónicas.
Una historia global
978-84-124830-5-5
1040 páginas + 32 en color
15,5 x 23,5 cm
Cartoné con sobrecubierta
P.V.P. 39,95 €

Austerlitz, Bailén, Wagram, Borodinó, Trafalgar, Leipzig, Waterloo... son algunos de los nombres intrínsecamente asociados a las Guerras Napoleónicas, un conflicto que, a lo largo de más de dos décadas de lucha continuada, sacudió los cimientos de Europa, pero cuya onda expansiva se hizo sentir mucho más allá. La inmensidad de la guerra desatada entre Francia e Inglaterra, Prusia, Austria, Rusia y España y las consecuencias del terremoto político provocado tras la Revolución francesa han ensombrecido las repercusiones que las Guerras Napoleónicas también tuvieron a escala mundial. A partir de una prodigiosa labor de documentación, Alexander Mikaberidze sostiene que este vasto conflicto solo puede entenderse por completo tomando en consideración todo el contexto internacional: las potencias europeas se disputaron la hegemonía en los campos de batalla del Viejo Continente, pero también en América, en África, en Oriente Medio, en Asia, en el Mediterráneo, en el Atlántico, en el Índico... Al recorrer cada una de estas regiones, la bella prosa de Mikaberidze desgrana los principales acontecimientos políticos y militares que jalonaron esta convulsa y transformadora época tanto en Europa como alrededor del mundo para construir con ello la primera historia global del periodo, que amplifica la visión tradicional que tenemos de las Guerras Napoleónicas y su papel determinante en la configuración del mundo moderno.

Gilder Lehrman Prize for Military History

Distinguished Book Award, Society for Military History



Alexander Mikaberidze es profesor de Historia y Ruth Herring Noel Endowed Chair en la Universidad Estatal de Luisiana-Shreveport, Estados Unidos. Uno de los máximos especialistas actuales en las Guerras Napoleónicas, ha escrito y editado más de dos docenas de libros entre los que destacan: *Las Guerras Napoleónicas. Una historia global*, por la que recibió el prestigioso Gilder Lehrman Prize for Military History, *La batalla de Borodinó. Napoleón contra Kutúzov* y la *Cambridge History of the Napoleonic War*, de la que es editor. Alexander Mikaberidze es John Elting Award de la Napoleonic Historical Society.

En librerías el miércoles 2 de noviembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS. UNA HISTORIA GLOBAL

«Alexander Mikaberidze argumenta convincentemente en *Las Guerras Napoleónicas. Una historia global* que los efectos más profundos y duraderos de los veintitrés años de lucha en realidad ocurrieron fuera de Europa».

Thomas Ricks, *The New York Times Review of Books*

«El profesor Mikaberidze confirma que es uno de los grandes eruditos napoleónicos actuales. Nadie podrá estudiar el episodio napoleónico sin tener a mano esta historia global que llena un vacío en la historiografía anglosajona».

Thierry Lentz, director de la Fondation Napoléon

«En este extraordinario trabajo académico, Mikaberidze brinda un contexto vital y una perspectiva global de la épica lucha entre Francia y sus competidores europeos hasta la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815».

Foreign Affairs (Books of the Year)

«Por fin tenemos la historia verdaderamente global de las guerras de 1789-1815 que tanto necesitábamos. Este libro nos brinda nuevas perspectivas para comprender este punto de inflexión crucial en la historia mundial. Imprescindible para todos los estudiosos de la época».

Michael S. Neiberg, US Army War College

«Un extraordinario trabajo de erudición. A pesar de la extensión, el alcance y los detalles del libro, la narración nunca decae. Será difícil ver que alguien pueda mejorarlo».

Lawrence D. Freedman, *Foreign Affairs*



PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

- 2020 Gilder-Lehrman Military History Prize (Estados Unidos)
- 2020 Distinguished Book Award, de la Society for Military History (Estados Unidos)
- Preseleccionado para la 2020 Duke of Wellington Medal for Military History, de The Royal United Services Institute (Gran Bretaña).
- “Book of the Year” por la Fondation Napoléon (Francia) y la revista *The Foreign Affairs*.

DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

Las Guerras Napoleónicas. Una historia global explicado por su autor



EN POCAS PALABRAS

Esta ambiciosa y exhaustiva obra ofrece una narración completa de las guerras que se iniciaron durante el periodo revolucionario en Francia en 1792 y se prolongaron hasta la derrota final de Napoleón en los campos de Waterloo en 1815. Aunque inicialmente estas guerras se limitaron a Europa occidental, pronto acabaron afectando a toda Europa y, lo que es más importante, se convirtieron en un medio de construcción de imperios a escala mundial. Con el telón de fondo de la lucha por la supremacía dentro de Europa, Francia, Gran Bretaña, España, Rusia y otras potencias también buscaron la hegemonía en diversos rincones del mundo. Desde el punto de vista de sus efectos, directos e indirectos, las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas representan los acontecimientos mundiales más transformadores entre la Reforma y la Primera Guerra Mundial, y sus repercusiones perduran hasta nuestros días.

Este libro revela la vasta y descomunal escala del terremoto desatado por la Revolución francesa y pone de manifiesto que los conflictos desencadenados por las Guerras Napoleónicas trajeron consigo acontecimientos políticos, culturales, diplomáticos y militares transformadores no solo en Europa, sino también en América del Norte y del Sur, África y Asia. El presente volumen ilustra, región por región, la forma en que las decisiones geopolíticas evolucionaron a

medida que se desarrollaba este prolongado conflicto. En Egipto, las invasiones francesas y británicas de 1798-1807 llevaron al ascenso de Mehmet Alí y al eventual surgimiento de un potente Estado; en América del Norte, las guerras propiciaron directamente la Compra de Luisiana, sentando las bases para la rápida expansión de Estados Unidos y su creciente influencia; en América del Sur, espoleó los movimientos de independencia que acabaron con el imperio colonial español; en Asia, el período fue testigo del ascenso del control imperial británico en la India. En todas partes, las alianzas cambiaban, los gobiernos ascendían y caían, las fronteras se dibujaban, se redibujaban y se violaban. Las Guerras Napoleónicas no dejaron prácticamente ninguna parte del mundo intacta.

UNA PERSPECTIVA AMPLIA

El 17 de febrero de 1792, el primer ministro británico William Pitt el Joven pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes. Pitt, al abordar las circunstancias que Gran Bretaña atravesaba, formuló una profecía que se haría célebre: aunque la prosperidad del país no fuera algo garantizado, «en la historia de esta nación nunca ha habido ninguna época anterior en la que, por la actual situación europea, haya sido más razonable confiar en quince años de paz que en el momento actual». Dos meses después empezaba una guerra que arrastró a Gran Bretaña a un cenagal que duró dos décadas.

En este libro he tratado de dar respuesta a dos preguntas centrales. **Primero**, por qué el primer ministro británico se equivocó hasta el punto de que, en lugar de quince años de paz, Europa vivió veintitrés años de guerra devastadora. **Segundo**, ¿fue esta guerra una experiencia exclusivamente europea como se ha aceptado durante mucho tiempo?

Es bien conocido que a partir de 1789 Europa se vio inmersa en la inestabilidad y las transformaciones cuando la Revolución francesa desencadenó un torrente de cambios políticos, económicos, sociales, culturales y militares. Aunque en un principio se mantuvo a la defensiva, la Francia revolucionaria no tardó en cambiar el rumbo de la guerra y llevar los ecos de los ideales revolucionarios a los territorios vecinos. Napoleón los extendió más allá de las fronteras de Europa occidental. La pugna resultante fue de una escala y de una intensidad inmensas. Como argumento en el libro, los Estados europeos no habían recurrido jamás a una movilización tan total de los recursos civiles y militares como la de aquel periodo. También fue una lucha entre grandes potencias a una escala verdaderamente global. Las Guerras Napoleónicas no fueron el primer conflicto que abarcó todo el globo. Sin embargo, las dimensiones y el impacto de esta contienda empujaron, en comparación, a las demás guerras europeas; para los contemporáneos del siglo XIX, fue la "Gran Guerra" que produjo profundas alteraciones políticas, económicas, culturales y sociales. Asimismo, tras veintiséis años de convulsiones revolucionarias sin precedentes y enfrentamientos prácticamente sin interrupción, las potencias vencedoras ansiaban la estabilidad en 1815. Con la amenaza de la guerra y el terror revolucionario todavía acechando, se embarcaron en un experimento inédito para crear un nuevo sistema de seguridad europea que atenuara la sombra del terror revolucionario y sirviera de disuasión para futuros conflictos. Semejante planteamiento transformó las pautas de las relaciones interestatales y creó el primer sistema moderno de seguridad colectiva.

Las Guerras de la Revolución francesa y las Guerras Napoleónicas han tenido ocupados a los historiadores durante los últimos doscientos años. Se han escrito miles de libros sobre este tema, pero tengo la firme convicción de que la historia de las Guerras de la Revolución y de las Guerras Napoleónicas es mucho más compleja de lo que ha abarcado el enfoque tradicional, que percibe aquella época exclusivamente como un fenómeno europeo. Con este libro mi intención es subrayar que los asuntos europeos no se desarrollaron aislados del resto del globo. De hecho, las sacudidas que irradiaron de Francia a partir de 1789 tienden a ocultar que las Guerras de la Revolución y del Imperio tuvieron repercusiones verdaderamente globales. Austerlitz, Trafalgar, Leipzig y

Waterloo ocupan lugares preeminentes en las historias habituales de las Guerras Napoleónicas, pero además de esas batallas debemos también hablar de Buenos Aires, Nueva Orleans, los altos de Queenston, Ruse, Aslanduz, Assaye, Macao, Oravais y Alejandría. Estoy convencido que no podemos comprender de verdad la importancia de este periodo sin incluir las expediciones británicas a Argentina y Sudáfrica, las intrigas diplomáticas franco-británicas en Irán y en el océano Índico, las maniobras franco-rusas en el Imperio otomano y las luchas ruso-suecas por Finlandia. En lugar de pertenecer a la periferia del relato, nos llevan al núcleo de su relevancia.

Proporcionar un contexto global a las Guerras Napoleónicas nos desvela que, a largo plazo, su impacto fue mucho mayor en ultramar que en el propio continente europeo. Al fin y al cabo, el imperio de Napoleón fue borrado del mapa, aunque su legado tuvo un mayor alcance que este. Las guerras que recibieron su nombre habían hecho añicos los imperios mundiales existentes y allanaron el camino para una nueva relación entre Europa y el resto del mundo. El dominio británico en gran parte de Norteamérica ya había sido destruido en la Guerra de la Independencia estadounidense. A su vez, los británicos habían acabado con lo que quedaba de dominio francés en Canadá y la India, y se habían apoderado de las colonias holandesas y españolas en el Caribe, además de anexionarse las islas Mascareñas, Sudáfrica, (lo que pronto será) Singapur y Ceilán. Los movimientos republicanos, inspirados en la Revolución francesa, desencadenados por la invasión de España por Napoleón, y respaldados por los británicos, brotaron en toda América Latina y propiciaron la creación de un conjunto de Estados independientes correspondientes a las antiguas provincias españolas –Venezuela, Colombia, Bolivia, Ecuador y Perú–, al tiempo que hechos similares más al sur habían llevado a la creación de Chile y Argentina, Uruguay y Paraguay como Estados independientes o autónomos. Entre 1811 y 1824 el Imperio español en América se desmoronó porque España había quedado demasiado debilitada por la devastadora Guerra de la Independencia (1807-1814) contra Napoleón como para poder reunir tropas suficientes para imponerse; la flota española, destruida en la batalla de Trafalgar (1805), fue incapaz de bloquear los puertos rebeldes o de derrotar a las flotas rebeldes comandadas por antiguos oficiales navales británicos.

Sin embargo, el mismo periodo fue testigo de la consolidación del dominio imperial británico en la India, una novedad crucial que permitió a Gran Bretaña alzarse con la hegemonía mundial en el siglo XIX. Este proceso de construcción imperial necesitó de inmensas aportaciones de recursos humanos y materiales. Murieron más británicos en los años de esporádicas campañas en el Caribe y en las Indias



Napoleón el Grande, emperador de los franceses y rey de Italia, litografía coloreada de Louis-Charles Route a partir del dibujo de Robert Lefèvre, Bibliothèque nationale de France.

Los grandes imperios preindustriales no eran un fenómeno exclusivamente europeo en el mundo previo a la Revolución; el Imperio chino eclipsaba a los Estados europeos en tamaño, mientras que el Imperio otomano, aunque había alcanzado su apogeo antes de 1700, seguía dominando una enorme franja de territorio desde el sureste de Europa, pasando por el noroeste de África, hasta el océano Índico y Oriente Medio. Hasta la época napoleónica, muchas potencias extraeuropeas podían rivalizar eficazmente con sus rivales europeos.

No obstante, las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas cuestionaron y/o desafiaron la legitimidad de los gobernantes en todas partes, no solo en Europa. La ebullición de ideas que generó la Revolución francesa se combinó con las transformaciones económicas y militares en Europa para desestabilizar América, África y Asia. La invasión napoleónica de Egipto y las invasiones rusas de los principados del Danubio habían socavado el dominio del Imperio otomano sobre estas regiones; las incursiones rusas en el Cáucaso hicieron lo propio con el Irán qajar. En India, los británicos desafiaron a los marathas, capturaron Delhi y en 1803 pusieron al viejo y ciego emperador mogol bajo su protección; el mismo periodo asistió a la invasión de los palacios reales de Ceilán y Java. Al concluir las Guerras Napoleónicas, la relación entre Europa y

Orientales que en la guerra librada en la península ibérica. Pero aquellos años no solo fueron relevantes a escala global por la expansión británica. Los albores del siglo XIX presenciaron el despliegue de los planes expansionistas de Rusia en Finlandia, en Polonia y en el nordeste del Pacífico, a la vez que intentaba ganar territorio a costa del Imperio otomano y de Irán en la península balcánica y en el Cáucaso. También se estaban desarrollando cambios cruciales en el mundo islámico, donde las convulsiones políticas, económicas y sociales en el Imperio otomano y en Irán sentaron las bases de la llamada «cuestión de Oriente». En Egipto, las invasiones francesas y británicas de 1798-1807 llevaron al ascenso de Mehmet Alí y al eventual surgimiento de un potente Estado egipcio que moduló los asuntos de Oriente Medio durante el resto del siglo. Tampoco Sudáfrica, Japón, China o Indonesia escaparon a los efectos de las pugnas europeas.

Uno de mis principales argumentos es que los acontecimientos de la era revolucionaria y napoleónica cambiaron el equilibrio de fuerzas entre las diferentes partes del globo. Este no fue el resultado de un proceso a largo plazo por el cual Europa estaba predestinada a desarrollarse en un grado superior al resto del mundo.

el resto del mundo sufrió un profundo vuelco. El conflicto, que se extendió durante dos décadas, había impulsado a los Estados europeos a reformarse y, de hecho, muchos se vieron obligados a adoptar algunos de los principios propugnados por los franceses, en aras de vencer a Napoleón en su propio juego. En consecuencia, uno de los principales legados de esta época radicó en la mayor eficiencia de la administración europea, el reclutamiento de tropas y la recaudación de impuestos, que iban de la mano de las medidas para estimular la producción industrial. En lo sucesivo, la eficacia militar estaría intrínsecamente ligada a la excelencia administrativa y al crecimiento industrial de un modo que no permitían las restrictivas y codiciosas políticas económicas estatales de China, el Imperio ruso o el Imperio otomano.

Por otro lado, a raíz de estas guerras, el dominio europeo (léase británico) de los mares puso los cimientos de la nueva relación dominante de Europa con el resto del mundo después de 1815. Esto permitió a los europeos asegurarse el comercio marítimo, ahogar los centros manufactureros/comerciales rivales y colonizar otros lugares del mundo, allí donde los estados autóctonos no podían resistir el poder militar, económico, industrial y comercial de Europa. El alcance

de la superioridad europea en materia de poder político, económico y tecnológica sobre el resto del mundo ya era patente en 1815 y solo se hizo realidad a medida que avanzaba el siglo.

UN VISTAZO MÁS CERCANO

El libro se divide en tres partes. La **primera parte** ofrece una panorámica del periodo revolucionario, desde el inicio de la Revolución francesa en 1789 hasta el ascenso al poder del general Napoleón Bonaparte en 1799. Esta proporciona el trasfondo histórico de los eventos ulteriores, pues sería imposible entender las Guerras Napoleónicas sin analizar la década que las precedió.

La **segunda parte** está organizada tanto cronológica como geográficamente, teniendo en cuenta que los acontecimientos se desarrollaron de forma simultánea en todo el mundo. El punto de partida es una Europa en paz en 1801-1802 y se exploran los esfuerzos de Napoleón para

consolidar las conquistas francesas en las postrimerías de las Guerras Revolucionarias y la consecuente respuesta europea. Los capítulos octavo y noveno se centran en las tensiones franco-británicas que acabaron por estallar en un conflicto que consumió el resto del continente. En los capítulos siguientes, la narración se aleja del enfoque tradicional en Europa occidental y central para considerar otras áreas de conflicto, como Escandinavia, la península balcánica, Egipto, Irán, China, Japón y América, demostrando hasta dónde llegaron las Guerras Napoleónicas.

La **tercera parte** del libro, y última, relata la caída del Imperio napoleónico. A estas alturas, las Guerras Napoleónicas prácticamente se habían resuelto en Asia, por lo que la narración se traslada a Europa y Norteamérica y la convocatoria del Congreso de Viena. El capítulo final ofrece una amplia visión del mundo al término de la guerra.

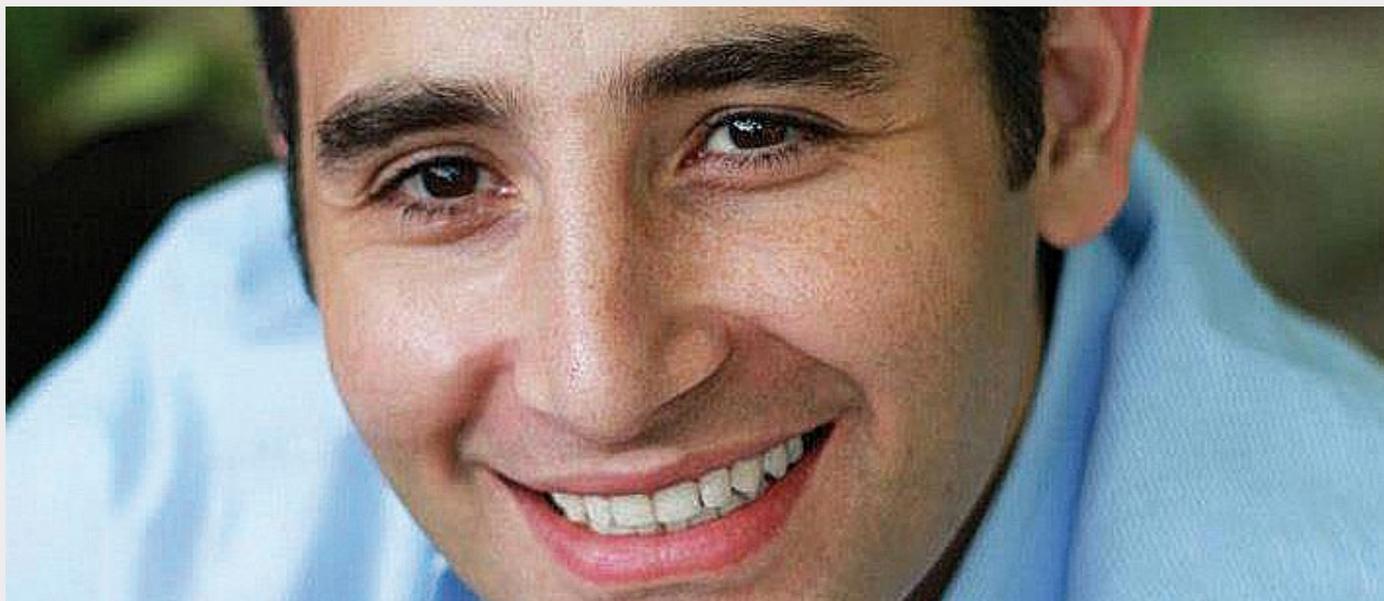
CLAVES DEL LIBRO

Es una historia global de las Guerras Napoleónicas. No solo analiza las consecuencias en Europa, sino que el autor rompe la barrera eurocéntrica para sumergirse en las profundas implicaciones que tuvo el conflicto en Asia, África y América. El autor analiza los principales acontecimientos en todo el globo para construir la primera historia global del periodo, que amplifica la visión tradicional que tenemos de las Guerras Napoleónicas y su papel determinante en la configuración del mundo moderno.

Desde el punto de vista de sus efectos, directos e indirectos, las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas representan los acontecimientos mundiales más transformadores entre la Reforma y la Primera Guerra Mundial, y sus repercusiones perduran hasta nuestros días. Si atendemos a los territorios directamente afectados por la guerra, las Guerras Napoleónicas eclipsaron a la Primera Guerra Mundial.

Si bien las Guerras Napoleónicas tuvieron profundas consecuencias en Europa, el mayor impacto se produjo en el hemisferio occidental. La decadencia y eventual colapso del Imperio español debería ser uno de los puntos centrales de la historiografía napoleónica y, en cambio, ha quedado relegado en gran medida al campo de los estudios sobre América Latina o el Mundo Atlántico.

ENTREVISTA CON EL AUTOR



Entrevistamos a **Alexander Mikaberidze**, uno de los máximos especialistas actuales en las Guerras Napoleónicas. Es profesor de Historia y Ruth Herring Noel Endowed Chair en la Universidad Estatal de Luisiana-Shreveport, Estados Unidos y recientemente ha sido galardonado con el prestigioso Gilder Lehrman Prize for Military History por *Las Guerras Napoleónicas. Una historia global*.

Según dicen, se escribe un libro que lleva el nombre de Napoleón en el título cada día desde que murió en 1821. ¿Cómo ha logrado diferenciar su libro de entre las decenas de miles, quizás cientos de miles, de publicaciones sobre Napoleón?

No cabe duda de que los historiadores hemos estado muy ocupados escribiendo libros sobre Napoleón, pero la historiografía existente sigue siendo marcadamente eurocéntrica. Yo procedo de Georgia, un pequeño país del Cáucaso, muy orgulloso de su historia y su cultura.

Cuando llegué a Estados Unidos para hacer mi doctorado, con frecuencia buscaba las huellas de la historia de mi país en los libros de texto, pero no las encontraba, pese a ser consciente de que eran parte integral del periodo napoleónico. Así que, en parte, este libro es una muestra de esa frustración por el limitado alcance de la investigación que aborda este tema. Pretendo ampliar la mirada, alejarme de Europa y ofrecer una perspectiva global, más internacional y transnacional, que haga énfasis en el hecho de que los ecos de la Revolución francesa retumbaron en todo el mundo. A mi juicio, el argumento principal es que los eventos ocurridos fuera de Europa son

«Los eventos ocurridos fuera de Europa son de gran importancia y, en lugar de ser tratados como algo secundario, deberían ser el eje central de la historia de las Guerras Napoleónicas».

de gran importancia y que, en lugar de ser tratados como algo secundario, deberían ser el eje central de la historia de las Guerras Napoleónicas.

¿Por qué un historiador georgiano se interesa por Napoleón y su época?

La verdad es que no tengo una clara respuesta a esta pregunta. Siempre me ha gustado la historia y de pequeño era un lector voraz de libros de historia y ficción histórica. Como les sucedió a muchos otros, las novelas de Alejandro Dumas y Maurice Druon me introdujeron en la historia francesa, que llegué a amar más que ninguna otra. Entonces conocí a Napoleón. Lo que en un principio fue mero interés se convirtió en una auténtica pasión cuando con diez

años descubrí un polvoriento volumen de la biografía del emperador francés, durante una visita a una librería de mi ciudad natal, Tiflis. Quedé tan hipnotizado por las hazañas de Napoleón que empecé a buscar más libros, tarea nada fácil en medio de la agitación política y económica posterior al colapso de la Unión Soviética. Desde entonces, he dedicado más de la mitad de mi vida a estudiar la época que lleva su nombre. Así que, en muchos sentidos, Napoleón había cambiado mi vida.

Ha subtulado el libro “Una historia global”. ¿Cómo comienza a escribir una historia global?

Al igual que muchos europeos, hablar varios idiomas me resulta relativamente fácil, y ser multilingüe es una de las claves para escribir una historia internacional de calidad, dado que permite examinar las fuentes con un

alcance mucho más amplio de lo que sería posible de otro modo. La globalización se está revelando como una fuerza económica, cultural y política de primer orden en el mundo moderno, y tiene un impacto cada vez mayor en la forma en que, como historiadores, escribimos la historia. Ha alterado radicalmente nuestras formas de conocer y, por tanto, creo que ya no basta con estudiar las naciones de forma aislada –no tengo nada contra ello–, sino que al ampliar los horizontes se nos ofrecen nuevas y apasionantes posibilidades. Eso sí, exige una reinterpretación de los individuos, de las naciones y del papel y lugar que ocupan en la historia del mundo, pero este nuevo enfoque refuerza aquello que se lleva estudiando desde hace tiempo en nuestra profesión: la historia del comercio, de las migraciones, de la esclavitud y, sobre todo, lo que ahora llamamos la nueva historia imperial, donde se enmarca mi libro.

En este sentido, considero que es mucho más rico en matices examinar las Guerras Napoleónicas desde un punto de vista internacional-transnacional y comparativo, con el objetivo de situar a Francia no como la nación agresora, como a menudo se nos presenta, sino en un contexto más amplio de rivalidades imperiales alrededor de todo el mundo.

¿Cuánto tiempo le llevó escribir el libro?

Algo más de diez años. Mi plan original era ofrecer una panorámica concisa, pero exhaustiva, sobre las Guerras Napoleónicas. Es evidente que he fracasado en lo de concisa. Cuando me puse a escribir, quería adoptar un enfoque general, pero conforme analizaba los hechos sobre el terreno comprendí que las generalizaciones harían un flaco favor al lector. Para comprender plenamente el alcance de esta época hay que ofrecer al lector más detalles, más contexto, más síntesis, y todo ello, por supuesto, requiere tiempo para leer, digerir y escribir.

Este libro es, en cierto modo, la culminación del trabajo de toda una vida. ¿A qué le ha llevado su investigación?

Hasta cierto punto, pues aún soy joven y tengo mucho que aprender. Pero trabajar en este libro me ha permitido viajar por toda Europa. Algunas investigaciones las realicé a distancia, otras con el apoyo del personal de los archivos, y otras con la ayuda de mis colegas. Les estoy muy agradecido, por ejemplo, al personal de los archivos y bibliotecas de España,

que respondieron a mis consultas y me ayudaron a acceder a parte del material que, de otro modo, no habría visto. Otros archivos fueron más difíciles de acceder como fue el caso de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia, al que no pude entrar. Sin embargo, esto significó que pudiera pasar más tiempo en lugares como Viena, París y Londres, así que no puedo quejarme.

Una de las razones por las que ganó el Gilder Prize for Military History, uno de los más importantes para los historiadores militares, fue la increíble cantidad de documentación empleada en su libro. ¿Cómo fue la investigación para este proyecto?

Fue encantador y exasperante al mismo tiempo. Sentí que era requisito indispensable no limitarse a la historiografía tradicional (dominada en gran medida por voces inglesas y francesas) y estudiar las cuestiones desde un punto de vista regional. Por ejemplo, si hablamos de la rivalidad entre rusos, otomanos, persas y franceses por el control del Cáucaso, es necesario que nos asomemos a la historiografía rusa, georgiana, otomana e iraní. Por ello, la parte más divertida fue leer

toda la bibliografía anterior y la más reciente, y aprender nuevos detalles e interpretaciones. No obstante, la ingente cantidad de información fue también desalentadora y agotadora. Hay muchas cosas que ni siquiera intenté incluir en este libro, que se centra fundamentalmente en los asuntos diplomáticos, políticos y militares, con un enfoque adicional en cuestiones económicas. Pero he evitado deliberadamente abordar aspectos culturales y sociales, ya que ello habría requerido otra década de investigación y un libro tres veces más extenso. Después de haber terminado de editar los tres volúmenes de *Cambridge History of the Napoleonic Wars*, me doy cuenta de que tampoco este proyecto puede hacer justicia a la complejidad de este conflicto.

¿Cuál fue la región que más le sorprendió que se viera afectada por las Guerras Napoleónicas y cuál fue la región más afectada por las Guerras Napoleónicas fuera de Europa?

Debido a la abundante historiografía eurocéntrica, cuando estudiamos las Guerras Napoleónicas lo más sorprendente es que no nos damos cuenta de las repercusiones que tuvieron en lugares como Japón, donde se produjo el ataque británico a Nagasaki en 1808 o los dos intentos de apertura de China por parte

«Debido a la abundante historiografía eurocéntrica, cuando estudiamos las Guerras Napoleónicas lo más sorprendente es que no nos damos cuenta de las repercusiones que tuvieron en lugares como Japón o China».

de los británicos, uno en 1801 y otro mucho mayor en 1808. Si bien las Guerras Napoleónicas tuvieron profundas consecuencias en Europa, para mí el mayor impacto se produjo en el hemisferio occidental. La decadencia y eventual colapso del Imperio español debería ser uno de los puntos centrales de la historiografía napoleónica y, en cambio, ha quedado relegado en gran medida al campo de los estudios sobre América Latina o el Mundo Atlántico.

¿Qué importancia tuvieron las Guerras Napoleónicas a la hora de configurar el panorama del resto del siglo XIX?

Uno de mis principales argumentos es que los acontecimientos de la época revolucionaria y napoleónica cambiaron radicalmente el equilibrio de fuerzas entre las distintas partes del mundo. Si en la primera mitad del siglo XVIII las potencias extraeuropeas podían competir eficazmente con sus homólogos europeos, en el periodo posterior a Napoleón asistimos a una rápida expansión del poder europeo, y una de las razones fundamentales radica en las transformaciones producidas por las Guerras Napoleónicas. El conflicto, que se extendió durante dos décadas, obligó a los Estados europeos a reformarse y a adoptar algunos de los principios propugnados por la revolución para poder vencer a Francia en su propio juego. Por consiguiente, presenciamos una mayor eficiencia de la administración europea, la centralización y la profesionalización de las burocracias que permitieron un reclutamiento de tropas y una recaudación de impuestos más eficaces, lo que a

«La intervención de Napoleón en la península ibérica es uno de los momentos más cruciales de la historia moderna, ya que este acontecimiento determina el futuro de gran parte del hemisferio occidental».

su vez sostuvo la eficacia militar. Es un momento en el que Europa se asegura ventajas económicas, políticas, militares y administrativas que le permiten en el siglo siguiente dominar a escala mundial. Por ejemplo, el predominio británico de los mares, gracias al triunfo de la Royal Navy en las Guerras Napoleónicas, sentó las bases de la nueva relación dominante de Europa con el resto del mundo después de 1815. Ello permitió a los europeos afianzar las rutas marítimas internacionales, dirigirse a los centros manufactureros/comerciales rivales, obtener nuevas fuentes de materias primas y recursos naturales y colonizar partes del planeta.

¿Cuál fue el punto de inflexión de las Guerras Napoleónicas?

Podríamos hablar de unos cuantos, pero por cuestión de tiempo vamos a centrarnos en tres. Uno es el 1 de julio de 1798, cuando Napoleón desembarcó en Egipto. Como he señalado en el libro, este es el primer ejemplo de imperialismo liberal. Refleja la rapidez con la que la Revolución francesa trascendió sus fronteras nacionales y también muestra este nuevo tipo de imperialismo que se presenta bajo la promesa de la liberación. Constituye con total certeza el primer intento moderno de incorporar esta sociedad islámica al redil de la cultura europea.

El segundo es 1808, debido a la intervención de Napoleón en la península ibérica, que provocó el éxodo del gobierno portugués a Brasil y la prolongada agitación en España y sus colonias. Este es uno de los momentos más cruciales de la historia moderna, ya

La batalla de Sultanabad (ca. 1815), óleo sobre tela, Museo del Hermitage, San Petersburgo. En vísperas de la invasión napoleónica de junio de 1812, Rusia se encontraba en guerra tanto con el Imperio otomano como con Irán. Esta pintura persa recrea la victoria de las tropas del príncipe Abbas Mirza sobre un regimiento ruso en febrero de 1812. En el centro aparece representado un oficial británico. Además de buscar la alianza con Francia, Irán se hizo con los servicios de militares británicos para reorganizar su ejército según los patrones europeos, otra muestra más de la internacionalización de las Guerras Napoleónicas.



DOSIER DE PRENSA

que este acontecimiento determina el futuro de gran parte del hemisferio occidental.

El tercer momento que quiero destacar es en 1811 y se trata de la caída de Java como resultado de la invasión británica, que marca el fin de las Guerras Napoleónicas en Asia. Cada conquista francesa en Europa desde el comienzo de la guerra fue replicada por una pérdida mucho mayor en Asia. Con el triunfo británico, Napoleón ya no tiene bases al este de El Cabo y la flota francesa es barrida completamente de los mares, así que Gran Bretaña emerge victoriosa en el escenario mundial. En retrospectiva, sabemos que entonces Napoleón solo podía aspirar a ganar una guerra regional por el dominio europeo, pero la guerra por los mares, la guerra mundial, ya está decantada del lado británico.

En 1809, Napoleón abandonó España y nunca regresó. ¿Por qué se negó a intervenir personalmente en los acontecimientos históricos de 1810-1812? En el supuesto de que hubiera intervenido, ¿habría conseguido derrotar a Wellington o habría acabado como en Rusia?

Ese es uno de los enigmas por los que me gustaría viajar en el tiempo para entrevistarle. En el libro contemplo uno de los escenarios “what if”, es decir, qué hubiera pasado si, en lugar de liderar la invasión de Rusia, Napoleón hubiera optado por volver a España en 1810 o 1811 y, utilizando los vastos recursos de que disponía –los recursos de casi toda Europa–, se hubiera ocupado de los problemas peninsulares antes de enfrentarse a su adversario ruso. Estoy seguro de que Napoleón habría derrotado a la oposición española y británica y restaurado las posiciones francesas en la península; tal vez debería, por ejemplo, haber casado a uno de sus parientes con Fernando VII y restaurarlo en el trono español, pero rodeándolo de “consejeros” franceses. La historia podría haber seguido un camino muy diferente entonces... Tal como fue, la Guerra de la Independencia continuó siendo un infame “atolladero” que devastó Portugal y España durante varios años más, desvió la mano de obra y los recursos de Napoleón, y lo dejó en dificultades en otros lugares.

¿Cuál es su opinión general sobre Napoleón, aunque su libro se trate de una historia global él es la figura central, en particular porque las guerras llevan su nombre? ¿Cómo se siente sobre Napoleón al final?

«Desde el punto de vista de los territorios directamente afectados por la guerra, las Guerras Napoleónicas eclipsan a la Primera Guerra Mundial».

«En 1811, Napoleón solo podía aspirar a ganar una guerra regional por el dominio europeo, pero la guerra por los mares, la guerra mundial, ya está decantada del lado británico».

Es una pregunta compleja porque entronca, supongo, con mis propias experiencias transformadoras. Nací en la Unión Soviética, crecí en pleno derrumbe del sistema soviético y fui testigo de las penurias y la miseria de la nueva Georgia independiente que luchaba contra la implosión económica del Estado, las guerras civiles y el conflicto con Rusia. Napoleón hizo que esa vida fuera más tolerable; yo me evadía de esa dura realidad perdiéndome en libros sobre sus hazañas. Sin embargo, mi visión de Napoleón ha evolucionado. Me sentí atraído, como muchos otros, por la irresistible fascinación de la leyenda napoleónica, esa imagen romántica de él como un superhombre que intentaba lo imposible. Pero luego empiezas a estudiar la historia de cerca y te topas con la cruda realidad de las políticas y acciones de Napoleón, que son imposibles de justificar. De ahí que tenga una apreciación mucho más prudente del hombre. Es muy carismático y hay muchas cosas que me siguen fascinando de él, ya sea su compromiso con el trabajo duro, su aptitud para retener un sinfín de detalles, o su capacidad de análisis. Pero también soy consciente de que era despiadado e insensible, y que hay aspectos de su carácter que son claramente desagradable. Sin embargo, esa es la belleza de la historia, de su complejidad. Siempre les digo a los estudiantes que la historia nunca es simplista y que no debemos rehuir la complejidad, sino buscarla y tratar de entenderla. Los debates del año pasado sobre la conmemoración del bicentenario de la muerte de Napoleón y las llamadas para retirar sus monumentos demostraron que no podemos contemplar la historia en blanco y negro. Algunos de sus logros son innegables, como el hecho de que Francia le debe muchas de sus instituciones modernas y gran parte de su sistema jurídico y administrativo.

¿Son las Guerras Napoleónicas una guerra mundial?

En su escala e impacto, las Guerras Napoleónicas empujaron los conflictos europeos anteriores y sí creo que constituyeron una guerra de ramificaciones globales. Desde el punto de vista de los territorios directamente afectados por la guerra, las Guerras Napoleónicas eclipsan a la Primera Guerra Mundial.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prefacio

Agradecimientos

Capítulo 1. El prelude revolucionario

Capítulo 2. El orden internacional del siglo XVIII

Capítulo 3. La Guerra de la Primera
Coalición, 1792-1797

Capítulo 4. La construcción de *la Grande
Nation*, 1797-1802

Capítulo 5. La Guerra de la Segunda Coalición
y los orígenes del «Gran Juego»

Capítulo 6. Los ritos de la paz, 1801-1802

Capítulo 7. El camino hacia la guerra, 1802-1803

Capítulo 8. La ruptura, 1803

Capítulo 9. El elefante contra la ballena: Francia y
Gran Bretaña en guerra, 1803-1804

Capítulo 10. Las conquistas del emperador, 1805-1807

Capítulo 11. «La guerra por otros medios»:
Europa y el Sistema Continental

Capítulo 12. La lucha por España y Portugal, 1807-1812

Capítulo 13. El Gran Imperio, 1807-1812

Capítulo 14. El último triunfo del emperador

Capítulo 15. La «cuestión septentrional», 1807-1811

Capítulo 16. «Un imperio asediado»: los otomanos
y las Guerras Napoleónicas

Capítulo 17. La conexión kayar: Irán y las
potencias europeas, 1804-1814

Capítulo 18. Expediciones británicas en
ultramar, 1805-1810

Capítulo 19. El imperio oriental de Gran
Bretaña, 1800-1815

Capítulo 20. ¿La «cuestión occidental»? La lucha
por las Américas, 1808-1815

Capítulo 21. El punto de inflexión, 1812

Capítulo 22. La caída del Imperio francés

Capítulo 23. La guerra y la paz, 1814-1815

Capítulo 24. Las consecuencias de la Gran Guerra

Bibliografía

Índice analítico



CAPÍTULO 1

EL PRELUDIO REVOLUCIONARIO

Las Guerras de la Revolución marcaron un punto de inflexión en la historia de la guerra. Por vez primera en la historia, el conflicto desencadenó fuerzas ideológicas cuya potencia y atractivo ponían en cuestión las propias bases que sustentaban el sistema político y social europeo. Los contingentes revolucionarios franceses llevaban con ellos nociones abstractas como «nación», «pueblo», «igualdad» y «libertad» que atacaban directamente a los regímenes monárquicos basados en el privilegio y la desigualdad. Las guerras, que habían sido un asunto de los reyes, se convirtieron en un asunto de las naciones. «Los tremendos efectos de la Revolución francesa en el exterior –comentó Karl von Clausewitz– no estuvieron causados tanto por los nuevos métodos y conceptos militares como por cambios radicales en la política y en la administración, por el nuevo carácter del gobierno, por las circunstancias alteradas del pueblo francés». A diferencia de los conflictos anteriores, ahora las guerras convirtieron «al pueblo» en un participante activo y se empleaba en ellas «todo el peso de la nación». ⁴⁷ También generaron un entusiasmo popular remarcable y un grado de movilización que asombró a los demás Estados. ⁴⁸

En el periodo de lucha casi continua de 1792 a 1815, los recursos de las naciones se emplearon y se consumieron con una intensidad hasta entonces desconocida, una intensidad que posibilitó la continuación y la ampliación de los conflictos. La amenaza a las estructuras de poder existentes conformó el trasfondo social de la ideología revolucionaria del conflicto. En los territorios que ocuparon, los franceses procuraron, en general, lo que hoy llamamos «un cambio de régimen». Esta circunstancia tuvo consecuencias políticas, económicas, sociales y culturales de largo alcance. Los revolucionarios estaban convencidos de que la Revolución sería recibida con los brazos abiertos por toda Europa. Si las monarquías europeas intentaban iniciar una «guerra de reyes –afirmaba un revolucionario–, haremos una guerra de pueblos [...] que se abrazarán unos a otros a la vista de sus tiranos destronados». No había duda de que la humanidad padecería por causa del inminente conflicto, aunque era un precio que los revolucionarios estaban dispuestos a pagar para llevar la libertad a todo el mundo. ⁴⁹

Toma de la Bastilla (1789), acuarela de Jean-Pierre Houël, Bibliothèque nationale de France. El 14 de julio de 1789 ocurrió lo impensable: una muchedumbre enfurecida asaltaba la prisión de la Bastilla, el símbolo más detestado de la autoridad real en París. Estallaba la Revolución francesa.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 4

LA CONSTRUCCIÓN DE LA *GRANDE NATION*, 1797-1802



La batalla de las Pirámides, 21 de julio de 1798 (1808), óleo sobre lienzo de Louis François Lejeune, Palacio de Versalles. La invasión francesa hizo añicos el poder mameluco en Egipto y tuvo importantes repercusiones geopolíticas para el resto de Oriente Medio.

Los éxitos franceses se vieron propiciados, en buena medida, por las tensiones y los desacuerdos políticos entre las potencias aliadas. Los comandantes rusos, por ejemplo, estaban cada vez más frustrados porque no se hubiera explotado la ventaja obtenida en un primer momento, según ellos por culpa de los británicos. La mayor fisura en el seno de la coalición surgió entre Austria y Rusia. Después de expulsar a los franceses de Italia, el emperador ruso confiaba en que los soberanos legítimos de Toscana y Cerdeña fueran repuestos en sus tronos, pero Austria puso objeciones y dio prioridad a sus proyectos de expansión imperial en Italia.⁴² Pablo se sintió traicionado e informó a su homólogo austriaco de que había tomado la decisión de no continuar en una contienda dirigida al engrandecimiento de Austria.⁴³ Menos amarga, pero también significativa, fue la disputa entre Rusia y Gran Bretaña por la isla de Malta y por el fracaso de la expedición conjunta a Holanda.

Bonaparte, ya regresado de Egipto, aprovechó sin dilación la inestabilidad política que reinaba en Francia para hacerse con el poder. Después de asumir el título de primer cónsul del triunvirato que había reemplazado al Directorio, Bonaparte ofreció la paz a los monarcas europeos y, ante la respuesta negativa, reanudó su campaña en el norte de Italia contra los austriacos en 1800.⁴⁴ Después de cruzar el paso de San Bernardo obtuvo una victoria, muy apurada, sobre los austriacos en Marengo, el 14 de junio. Una vez los expulsó de Italia, aceptó su oferta de armisticio. Pese a su fama posterior, la batalla de Marengo no puso fin a la guerra. Austria no había sido derrotada con una contundencia que la obligara a pedir la

paz. A finales de julio se llegó en París a un acuerdo de paz preliminar (que, en general, y salvo algunos cambios, confirmaba las condiciones del Tratado de Campo Formio), pero Viena se negó a ratificarlo y optó por la continuación de la guerra.⁴⁵ La decisión austriaca suele explicarse a consecuencia de la convicción de Viena de que solo una guerra victoriosa podría salvaguardar sus ambiciones territoriales en Italia. Sin embargo, las acciones austriacas se vieron influidas por una consideración de mucho más peso: la aceptación de las exigencias francesas equivalía a renunciar implícitamente al estatus de gran potencia.⁴⁶ El 20 de junio de 1800, Gran Bretaña y Austria acordaron una nueva alianza que incluía dos condiciones clave: los británicos accedían a proporcionar un subsidio financiero para el sostenimiento del esfuerzo bélico austriaco, mientras que Austria se comprometía a no llegar a una paz separada con Francia.⁴⁷ El Gobierno austriaco, con el apoyo (y el oro) británico garantizado, estaba deseoso de proseguir la contienda hasta el final y empleó el tiempo del armisticio en la restauración de sus fuerzas militares. Sin embargo, cuando se reanudaron las hostilidades, la cooperación militar entre austriacos y británicos fracasó y Austria se encontró al borde de un precipicio político. En el otoño, los franceses tomaron Philippsburg, Ingolstadt y Ulm y, el 3 de diciembre de 1800, el general Jean Moreau obtuvo una victoria aplastante sobre el archiduque Juan en Hohenlinden (en el sur de Alemania). La monarquía austriaca, ante la llegada de las avanzadillas de caballería enemigas a 60 kilómetros de Viena, solicitó un armisticio el día de Navidad. La guerra había acabado. Ahora había que intentar preservar una paz adecuada.

CAPÍTULO 7

EL CAMINO HACIA LA GUERRA, 1802-1803

El Tratado de Amiens supuso el fin formal de las Guerras de la Revolución francesa. Desbaratada la Segunda Coalición, los británicos reconocieron que tenían escasas expectativas de derribar a la resurgente Francia, así que apretaron los dientes y aceptaron en gran medida el *statu quo* continental, que permitía a Francia conservar los territorios que había conquistado en los Países Bajos, Renania e Italia.¹⁹ Amiens supuso una completa transformación del equilibrio de poder europeo y William Pitt tuvo que reconocer que el sistema internacional establecido desde la Paz de Westfalia de 1648 «había sido destruido hasta tal punto [...] que era una estupidez considerarlo vigente».²⁰

Tradicionalmente se ha sostenido que la Paz de Amiens, junto con el Tratado de Lunéville, pudo sentar las bases de una paz duradera en Europa –si Bonaparte hubiera optado por apoyarla–. Este argumento parece interesado. Los éxitos militares franceses habían creado un nuevo equilibrio de fuerzas en Europa en el que Francia recobraba la posición de primacía que no había disfrutado desde el punto álgido del reinado de Luis XIV, un siglo antes. Al mismo tiempo, el poder naval británico, ya predominante antes de la guerra, había salido reforzado. Incluso en el caso de que Bonaparte hubiera perdido el poder después de Amiens, Francia habría procurado consolidar su posición en Europa occidental y habría tratado de reavivar sus am-

biciones coloniales. Esto la habría situado indefectiblemente en rumbo de colisión con Gran Bretaña. Además, la Paz de Amiens era intrínsecamente defectuosa. Las enormes cesiones de Gran Bretaña –el abandono del Mediterráneo y de las rutas a la India, la entrega de casi todas las colonias francesas y holandesas de ultramar y la promesa de evacuar Egipto– causaron alarma y abatimiento internos –parecía que se estaban entregando las ventajas estratégicas conseguidas a lo largo de ocho años de guerra–. «Hemos cedido en cada punto y en cada principio», manifestó un miembro del Parlamento.²¹ Muchos coetáneos denunciaron los términos del tratado, tachándolos de demasiado favorables a Francia. Un veterano político británico denunciaba enfurecido: «[...] haber devuelto a Francia Martinica, Malta, Menorca, El Cabo, los asentamientos holandeses en las Indias Orientales y Occidentales e incluso en Cochín, y no haber obtenido nada a cambio excepto el nombre de la paz, es un acto de debilidad y de humillación tal que, en mi opinión, nada puede justificarlo».²² Gran Bretaña había entrado en la guerra en 1793 para garantizar su seguridad y, nueve años después, se veía ante «una paz que no nos da seguridad en el futuro».²³ El primer ministro Addington estaba confiando, básicamente, en que la propia Francia renunciara al empleo de la agresión para consolidar sus ganancias, aunque no había pruebas de que realmente lo fuera a

hacer. En palabras de un contemporáneo: «Si alguna vez ha habido una paz precaria, era esta. Si alguna vez una paz precaria ha sido peligrosa, esta era esa paz precaria».²⁴

Esta caricatura de James Gillray de 1805, probablemente, uno de los grabados napoleónicos más reconocibles, muestra a Napoleón y al primer ministro británico William Pitt repartiéndose el mundo. Un diminuto Napoleón se incorpora de su asiento para llegar a la mesa y corta Europa, mientras Pitt trincha la mitad de un globo terráqueo y una gran porción de océano. La acción ilustra las respectivas áreas de poder en la guerra en curso entre Gran Bretaña y Francia.



CAPÍTULO 12

LA LUCHA POR ESPAÑA Y PORTUGAL, 1807-1812

En muchos sentidos, la ocupación de España fue uno de los errores de cálculo más fundamentales de Napoleón, un error por el que pagó un alto precio. Podía haber optado por un curso de acción mucho menos arriesgado al casar a una mujer de su familia con el príncipe Fernando (tal y como este le había pedido en repetidas ocasiones) y haber establecido así una alianza matrimonial con España que habría podido controlar. En cambio, el emperador optó por la vía más radical: deshacerse de los Borbones españoles y pasar a gobernar directamente su reino. Al hacerlo, Napoleón no se dio cuenta de que la animosidad mostrada por los españoles hacia su familia real no implicaba necesariamente que fueran a mostrar un entusiasmo similar porque los gobernara una potencia extranjera. Además, no había preparado la jugada con propiedad. Los 100 000 soldados que había llevado a España distaban de ser los mejores de la Grande Armée. Solo un tercio de ellos estaba encuadrado en unidades fiables y el resto adolecía de espíritu de cuerpo, de entrenamiento adecuado y de equipo. El emperador no quiso redespargar a sus unidades veteranas porque prefería dejarlas en Alemania para vigilar a Austria. La naturaleza improvisada de la Armée d'Espagne iba a ser una de las causas del fracaso de la ocupación inicial francesa. Su principal activo –la reputación de invencibilidad– se volvió en su contra tan pronto como las tropas francesas empezaron a sufrir reveses.

El intento napoleónico de crear una monarquía vasalla en España despertó una revolución que desencadenó una fuerza enorme de provincianismo centrífugo, largo tiempo dormida bajo la superficie del tejido nacional de España. Poco después de que el monarca fuera arrestado en Bayona, el descontento popular estalló en una rebelión manifiesta.

El 2 de mayo, cuando se extendieron los rumores de que los franceses presionaban a la Junta de Gobierno –el gabinete que había dejado Fernando en su marcha– para que trasladara a los miembros restantes de la familia real a Bayona, el pueblo de Madrid tomó las calles y masacró a unos 150 soldados franceses. Al día siguiente, Murat introdujo en la ciudad refuerzos que sofocaron lo que se conoció como el Levantamiento del Dos de Mayo, que fue inmortalizado con enorme dramatismo por Goya, el gran artista español. El Ejército francés, en represalia por las muertes del 2 de mayo, ejecutó a centenares de españoles, aunque no consiguió silenciar la revuelta, que despertó una oleada de resistencia por toda España: surgieron numerosos grupos locales organizados que desafiaron a la autoridad francesa y empezaron a atacar a las tropas extranjeras.⁷² Aunque la Junta de Gobierno se sometió a la autoridad gala y aceptó el 4 de junio de 1808 la decisión de Napoleón de colocar a su hermano José en el trono de España, las autoridades provinciales y municipales rechazaron al nuevo soberano e incitaron sublevaciones violentas en diversas partes del país.⁷³ Estos ejecutivos locales, inspirados en parte por los escritos del insigne filósofo y jurista Francisco Suárez, adujeron que la autoridad del Estado no se derivaba de la divinidad de la monarquía, sino que estaba basada en un pacto social entre el monarca y el pueblo.⁷⁴ Cautivo el legítimo rey de España, las autoridades locales se sintieron refrendadas para formar juntas de gobierno improvisadas integradas por individuos notables de las regiones.⁷⁵ Estas juntas estimularon el sentimiento nacionalista español, rechazaron los pronunciamientos de la Junta de Gobierno y llamaron a la resistencia organizada contra la ocupación francesa.

La rendición de Bailén (1864), óleo sobre lienzo de José Casado del Alisal, Museo del Prado, Madrid. Los días 18 y 19 de julio de 1808 el general Dupont sufrió en Bailén la primera derrota en batalla del ejército imperial napoleónico. El terrible destino de los prisioneros franceses sería un lúgubre vaticinio de la inmisericordia que caracterizaría la Guerra de la Independencia.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 15

LA «CUESTIÓN SEPTENTRIONAL», 1807-1811

En agosto de 1810, el Riksdag sueco se reunió para debatir acerca de los candidatos. A medida que avanzaron las discusiones, las primeras aspiraciones idealistas dirigidas a la búsqueda de un monarca joven, carismático y reformista fueron pronto reemplazadas por el deseo más pragmático de favorecer a un candidato que tuviera experiencia en asuntos políticos y militares y que pudiera ayudar a Suecia a recuperar su posición ante Rusia. Este parecer era especialmente intenso en los ambientes militares suecos, que cada vez más miraban hacia Francia en busca de candidatos. A pesar de no tener una autorización formal para hacer-

factor no poco importante teniendo en cuenta las graves dificultades económicas de Suecia. El 21 de agosto de 1810, el Riksdag eligió a Bernadotte nuevo príncipe heredero de Suecia.¹³³ Sin embargo, Bernadotte, ciudadano francés, aún tenía que conseguir que Napoleón le dispensara de su juramento de lealtad para poder aceptar la corona sueca.

A pesar de su anterior rivalidad, y de las señales de insubordinación que Bernadotte había dado en los últimos tiempos, Napoleón no se opuso a la elección y deseó «éxito y felicidad a [Bernadotte] y a los suecos».¹³⁴ Confiaba en que Bernadotte se mantendría leal a Francia, en que profundizaría la influencia de Francia en el norte de Europa y en que apoyaría la guerra con Gran Bretaña.



lo, valoraron la idoneidad de varios destacados políticos y militares franceses y, en último término, se decidieron por el mariscal Jean-Baptiste-Jules Bernadotte, que había mostrado compasión por los prisioneros de guerra suecos en 1807 y expresado un interés sincero por los asuntos de las naciones del Báltico. El asunto quedó decidido cuando el barón Karl Otto Mörner, actuando totalmente *motu proprio*, ofreció la corona de Suecia a Bernadotte, que le contestó que no rechazaría el honor si era elegido. Aunque los círculos políticos suecos se quedaron estupefactos al recibir la noticia de la entrada de Bernadotte en el palacio real, poco a poco se unieron en torno a su figura, ayudados por la rápida campaña publicitaria de Mörner. Este garantizó a sus compatriotas que Bernadotte contaba con el apoyo pleno de Napoleón y que era bastante rico, un

factor no poco importante teniendo en cuenta las graves dificultades económicas de Suecia. El 21 de agosto de 1810, el Riksdag eligió a Bernadotte nuevo príncipe heredero de Suecia.¹³³ Sin embargo, Bernadotte, ciudadano francés, aún tenía que conseguir que Napoleón le dispensara de su juramento de lealtad para poder aceptar la corona sueca.

A pesar de su anterior rivalidad, y de las señales de insubordinación que Bernadotte había dado en los últimos tiempos, Napoleón no se opuso a la elección y deseó «éxito y felicidad a [Bernadotte] y a los suecos».¹³⁴ Confiaba en que Bernadotte se mantendría leal a Francia, en que profundizaría la influencia de Francia en el norte de Europa y en que apoyaría la guerra con Gran Bretaña. En septiembre liberó al mariscal de su juramento de fidelidad, le permitió renunciar a la nacionalidad francesa y le formuló la célebre petición de que se comprometiera a no tomar nunca las armas contra Francia. Bernadotte se negó a asumir este compromiso aduciendo que sus nuevas obligaciones con Suecia no lo permitían, a lo que Napoleón replicó: «¡Id y dejad que se cumplan nuestros destinos!».¹³⁵

El 2 de noviembre, Bernadotte hacía su entrada solemne en Estocolmo. Tres días más tarde se presentó ante el Riksdag, se convirtió al luteranismo, fue adoptado formalmente por el rey Carlos XIII y cambió su nombre a Carlos Juan (Karl Johan). Bernadotte, aun-

que era un recién llegado en la corte sueca, pronto se reveló como el auténtico poder detrás del trono. Sabía que su futuro dependía por entero de que abrazara a su nueva patria de adopción y de que adoptara políticas que defendieran los intereses de esta, no los de Napoleón ni los de Francia. Durante los dos años siguientes se fue distanciando cada vez más de la autoridad imperial napoleónica. Para preservar la seguridad de las fronteras orientales de Suecia, le garantizó a Rusia que no haría ningún intento de recuperar Finlandia y prefirió empezar a mirar hacia el oeste, a Noruega, que le parecía una buena compensación para Suecia. Sabía perfectamente que su corona dependía de que consiguiera Noruega y su determinación para conseguirlo desempeñó un papel decisivo durante la Guerra de la Sexta Coalición, en 1813-1814.

CAPÍTULO 17

LA CONEXIÓN KAYAR: IRÁN Y LAS POTENCIAS EUROPEAS, 1804-1814

Los reveses experimentados por Irán durante los dos primeros años de guerra demostraron a las claras que para imponerse a Rusia necesitaba un aliado, por lo que la corte kayar no tuvo más remedio que buscar ayuda en Europa. Esto no tardó en enredarla en las maniobras diplomáticas de las Guerras Napoleónicas. El sah, como hemos indicado, tenía preferencia por la ayuda británica, pero la negativa de Londres a prestar apoyo a Irán en esta hora difícil abrió las puertas a los franceses. Las ambiciones de Napoleón en Oriente reflejaban elementos tradicionales de la política exterior gala y buscaban sostener a los otomanos y a Irán como colchones de los intereses franceses en la región. Como hemos indicado anteriormente, ya desde la campaña egipcia, Napoleón había visto en Irán un posible lugar desde el que amenazar los intereses británicos en la India y, una vez que las tensiones franco-otomanas se resolvieron en 1802-1803, el líder francés no dejó de pedir constantemente a sus diplomáticos destinados en Constantinopla más información acerca de Irán.²⁶ En 1803-1804, Napoleón inició acercamientos diplomáticos a Irán a través de su embajador en Constantinopla y también de Jean Rousseau, cónsul galo en Bagdad (residente en Alepo), y de Louis Alexandre de Corancez, comisario francés de relaciones comerciales en Alepo.²⁷ En 1806 ya contemplaba utilizar al Imperio otomano y a Irán contra sus principales enemigos, Rusia y Gran Bretaña. En mayo de ese año escribía a Talleyrand: «El objetivo inquebrantable de mi política es hacer una triple alianza de mí mismo, la Sublime Puerta y Persia que apunte directamente o de modo implícito contra Rusia».²⁸ La estrategia imperial

de Francia otorgaba al Imperio otomano (con apoyo francés) el papel de guardián de los intereses galos contra Rusia en el sudeste europeo, mientras que Irán ayudaría a proyectar la influencia de Napoleón más al este y serviría de base para la renovada amenaza francesa sobre la India.

Estos esfuerzos parecieron dar fruto cuando Fath Alí Sah, molesto por la doblez británica en su contienda contra Rusia, buscó la ayuda francesa a través de su embajador en Constantinopla. Los galos acogieron positivamente la iniciativa iraní y, en marzo de 1805, Napoleón despachó a Teherán al conocido orientalista Pierre Amédée Jaubert, a quien ordenó que le informara de la situación en Irán «provincia a provincia», así como de la actitud de cada gobernador.²⁹ Solo un mes más tarde Napoleón aprobaba otra misión, esta vez encabezada por el diplomático Alexandre Romieu.³⁰ Ambos emisarios viajaron hasta Constantinopla, donde Pierre Ruffin, *chargé d'affaires* en la capital, les proporcionó las informaciones más recientes de Irán.³¹ Su llegada causó una honda preocupación en la embajada británica, la cual informó: «Romieu tiene reputación de hombre de variados talentos, de disponer de una considerable suma de dinero y de ser muy ducho en la ciencia de la intriga».³²

Los caminos de los enviados franceses se bifurcaron en la capital otomana. Romieu, seguido por agentes británicos, sobrevivió a un intento de asesinato –supuestamente organizado por un cónsul británico en Alepo– y llegó a Teherán en septiembre de 1805. Entregó al sah una carta de Napoleón que lo ensalzaba como digno sucesor del gran soberano guerrero y le instaba a desafiar a los rusos y a los británicos.

Napoleón I recibe al embajador persa Mirza Mohammed Reza Qazvini en el Château de Finkenstein el 27 de abril de 1807 (1810), óleo sobre lienzo de François-Henri Mulard. El encuentro de Finkenstein da fe de la naturaleza global de las Guerras Napoleónicas. Irán buscaba una alianza con Francia para contener la acometida rusa, mientras que Napoleón ambicionaba una triple alianza con Irán y el Imperio otomano.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 19

EL IMPERIO ORIENTAL DE GRAN BRETAÑA, 1800-1815

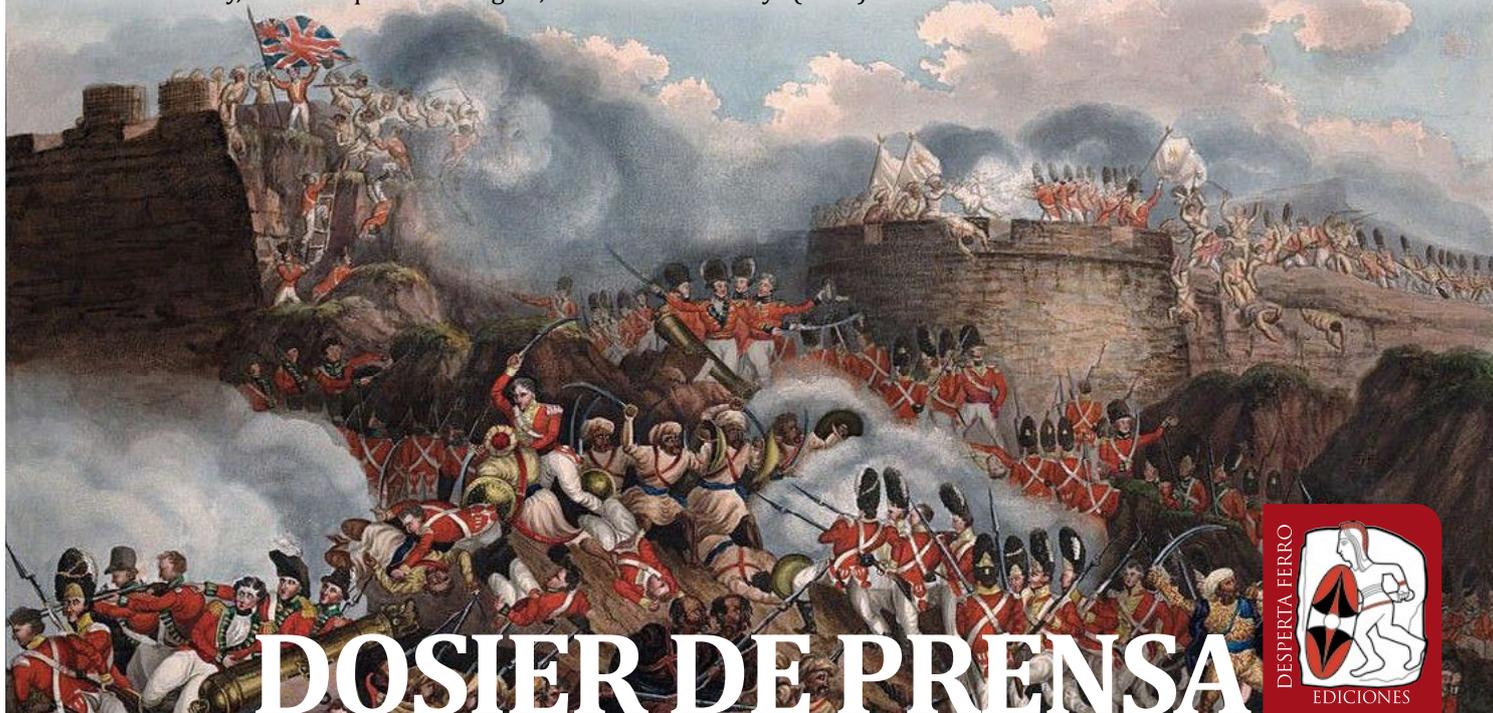
Lord Minto, durante la planificación de su operación en Java, apuntó primero contra colonias holandesas de pequeño tamaño: el capitán Edward Tucker tomó la isla de Amboina (Ambon) y las isletas adyacentes en la primavera de 1810, mientras que el capitán Christopher Cole capturaba las islas de Banda –culminaba así la conquista de las islas de las Especias holandesas o Molucas–.¹⁰⁷ Minto se concentró entonces en una tarea más ardua: la invasión de la propia Java. Cercana a su fin la primavera de 1811, la fuerza británica estuvo lista para zarpar. El comodoro William Robert Broughton tenía el mando naval.¹⁰⁸ El mando del cuerpo expedicionario de alrededor de 12 000 efectivos recayó en el teniente general *sir* Samuel Auchmuty. La expedición partió desde varios puertos indios en mayo y, después de atravesar los estrechos de Malaca, llegó a las Indias Orientales Neerlandesas a finales de junio.

El 4 de agosto, las unidades británicas desembarcaron cerca del estuario del río Marandi y marcharon sin dilación hacia Batavia, que el día 8 había sido abandonada por Janssens. La fuerza franco-holandesa se retiró al fuerte Cornelis, recién construido, donde fue asediada por los británicos hasta que estos lo tomaron al asalto el 26 de agosto. En palabras de lord Minto, la fortificación francesa era «de una solidez formidable y en verdad parece un milagro que hombres mortales pudieran vivir bajo semejante fuego de balas, granadas, metralla y mosquetería [...]. La matanza fue espantosa, igual durante el ataque que en la persecución».¹⁰⁹ Entre los pocos que escaparon del fuerte se encontraba Janssens, que reagrupó a los defensores supervivientes en una posición muy protegida al sur de Semarang y trató, en vano, de conseguir ayuda de

los príncipes javaneses. Para su desgracia, solo uno permaneció fiel a los holandeses; el resto, resentido por las experiencias previas, se arrojó en brazos de los británicos. El 18 de septiembre, Janssens firmaba el tratado de capitulación que transfería a los británicos la posesión de Java y de sus dependencias de Timor, Macasar y Palembang.¹¹⁰

La caída de Java señaló el fin de la guerra en los mares de Oriente. Cada nueva ganancia territorial francesa en Europa desde 1803 se había visto correspondida con una pérdida en Oriente. En 1812, Napoleón ya no contaba con ninguna base al este de El Cabo y las flotas de Francia habían sido tan completamente barridas del océano Índico que el emperador galo se vio obligado a posponer cualquier proyecto de operaciones navales allí hasta que se hubieran resuelto las tensiones con Rusia. Entre 1812 y 1815, el Escuadrón de la India Oriental de la Royal Navy británica descansó sobre sus laureles, muy merecidos, consolidó los progresos y se mantuvo alerta ante posibles amenazas. El comercio británico con la India, China y otras partes de Asia floreció y proveyó al Gobierno de cofres repletos de los ingresos que tanto necesitaba para el sostenimiento del esfuerzo bélico en la península ibérica y para construir coaliciones en Europa central. Tal y como el propio gobernador general Minto informó orgulloso al secretario de Estado de Guerra, «a la nación británica ya no le queda enemigo ni rival desde el cabo de Buena Esperanza al cabo de Hornos».¹¹¹ Las victorias británicas entre 1803 y 1815 constituyeron un paso crucial en el afianzamiento de una abigarrada colección de posesiones conseguidas en distintos momentos y de formas diversas en el seno de lo que se convirtió en el Imperio británico.

El asalto de Seringapatam (1802), litografía de Giovanni Vendramini, British Library. Mientras la guerra azotaba Europa y se extendía a Oriente Medio, la Compañía Británica de las Indias Orientales progresaba en su conquista de la India, en el sur contra el sultán Tipu de Mysore, que culminaría en 1799 con la captura de Seringapatam, y en el norte contra la Confederación maratha, derrotada por Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, en la batalla de Assaye (1803).



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 21

EL PUNTO DE INFLEXIÓN, 1812

Durante mucho tiempo se ha sostenido que el «general Invierno» derrotó a Napoleón en Rusia. Es una pretensión dudosa. Los datos de las estaciones meteorológicas de la época revelan que aquel invierno fue, en realidad, bastante suave hasta finales de noviembre y, para entonces, Napoleón ya había sido prácticamente derrotado. La Grande Armée ya había perdido casi la mitad de su fuerza en las primeras ocho semanas de la guerra por las enfermedades, las deserciones y las bajas en combate –así como por los destacamentos que fue dejando a lo largo del avance–. No tuvo ni el alto nivel de disciplina ni la entregada devoción que había demostrado en campañas anteriores. Los soldados eran de más de una docena de nacionalidades, abocados por ello a perder la cohesión y la disciplina si no los acompañaba la victoria. Aunque los preparativos logísticos de Napoleón habían sido muy exhaustivos, su sistema de suministro no funcionó correctamente: los grandes depósitos se establecieron a demasiada distancia del ejército y la falta de infraestructura de transporte en Rusia impidió que las provisiones disponibles llegaran a tiempo a las tropas. El plan ruso de retirada estratégica y tierra quemada dejó muy pocos recursos disponibles en el campo: la escasez de forraje provocó la pérdida de un número ingente de animales de transporte y de monturas de la caballería.

Napoleón mostró algunos destellos de su genio militar: sus operaciones de Vilna, Minsk y Smolensko estuvieron bien planteadas y pudieron haberle proporcionado una victoria decisiva. Sin embargo, una y otra vez el emperador no logró que fructificaran. Los subordinados se demostraron a menudo faltos de iniciativa, o tomaron pobres decisiones tácticas que repercutieron en el nivel operacional. También hay que reconocer la

contribución del bando ruso al resultado. Las tropas se condujeron admirablemente y demostraron fortaleza y entrega. Los generales, a pesar de frecuentes riñas y celos internos, actuaron con suficiente visión táctica, operacional y estratégica para ganar la guerra. Los diplomáticos rusos fueron más astutos que sus colegas franceses, como demuestran contactos secretos con Prusia y Austria y los tratados firmados con el Imperio otomano y con Suecia –unos tratados que posibilitaron las operaciones de dos ejércitos rusos en los flancos de la Grande Armée–.

Al llegar a la frontera imperial, los mandos rusos debatieron si debían cruzarla en persecución de Napoleón o quedarse en Rusia para rehacerse. Algunas figuras prominentes se oponían a penetrar la frontera y aducían que Rusia no estaba obligada a liberar al resto de Europa. El principal de ellos era Kutúzov, que veía más allá de los factores puramente militares y pensaba que a Rusia no le convenía debilitar a Napoleón:

No estoy nada seguro de que la destrucción total de Napoleón y su ejército sea algo tan bueno para el mundo. Su herencia no recaerá en Rusia o en ninguna otra potencia continental, sino en la potencia que ya rige el mar, y cuyo dominio sería entonces intolerable.⁵³

El emperador ruso, sin embargo, era de distinto parecer. Ante las orillas nevadas del río Niemen, Alejandro comprendió la dimensión histórica del acontecimiento que presenciaba. El coloso francés se tambaleaba y estaba en juego el futuro de Europa.

La retirada del Ejército de Napoleón de Rusia en 1812 (1826), óleo sobre lienzo de Ary Scheffer, Yale University Art Gallery. Si la fortuna de Francia se oscurecía en la Península, en Rusia se tornó en catástrofe. De los 650 000 hombres de la Grande Armée que cruzaron el Niemen en junio, apenas regresaron 60 000.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 23

LA GUERRA Y LA PAZ, 1814-1815

La batalla de Waterloo se conmemora correctamente como el fin de la hegemonía francesa en Europa. De todos modos, por mucho que pueda molestar al orgullo británico, lo cierto es que no fue la batalla que forjó el siglo. El destino de Europa ya se había decidido en las suaves colinas de Leipzig y sellado entre los bailes y festejos vieneses. Aunque pueda sonar a determinismo histórico, Napoleón había perdido la guerra en el nivel estratégico antes de que se disparara la primera bala. Es difícil imaginar cualquier desarrollo de los acontecimientos en el que los aliados hubieran aceptado su presencia en el timón de Francia. Austria, la única potencia que Napoleón podía haber tenido esperanzas de atraerse, estaba decidida a derrocarlo. Incluso desde el 9 de abril de 1815, Metternich ya comentaba: «Las potencias no aguantarán a Napoleón Bonaparte [y] harán la guerra contra él hasta el final».⁶⁷ En junio de ese año, la coalición alineada contra Francia comprendía a Gran Bretaña, Rusia, Austria, Prusia, los Países Bajos, Hannover, Portugal, Piamonte-Cerdeña, las Dos Sicilias, Suecia, España, la Confederación Suiza y los ducados de Nassau, Brunswick y Toscana. Era una coalición imposible de derrotar en batalla por Napoleón. Aunque hubiera ganado la primera campaña, el emperador no podía cambiar una realidad marcada por la determinación de las grandes potencias de combatirlo. De no haber sido derrotado en Waterloo, lo habría sido en algún otro pequeño pueblo de Renania o del nordeste francés. Napoleón debió quedarse en Elba: su vida habría tenido un final menos dramático, pero habría sido mejor para Francia. Uno no puede dejar de compartir el sentimiento de los veteranos franceses que, al acabar la contienda, contaban «historias de su genio y maldecían su gobierno con el mismo aliento. Sus oficiales lo maldecían como emperador y lo adoraban [como general] en campaña [...]. En todas partes llamaban a Napoleón “buen general, pero mal soberano”».⁶⁸

A pesar del desastre de Waterloo, Napoleón aún no se dio por vencido. A su vuelta a París, el 21 de junio, pensaba que no todo estaba perdido y ya estaba pensando en

crear otro ejército de alrededor de 300 000 hombres para continuar la lucha.⁶⁹ Por muy enojado que estuviera con Grouchy, todavía recibió con esperanza las noticias de su retirada exitosa desde Wavre, que había logrado salvar a unos 30 000 soldados franceses. Los más allegados del emperador le instaron a hacerse con el poder y declararse dictador. Sin embargo, los planes que pudiera estar elaborando se vieron truncados por las acciones de quienes se daban perfecta cuenta de que había perdido la guerra y de que había que tomar medidas inmediatas para mitigar el impacto de la derrota. El ministro de Policía Joseph Fouché se alzó como el líder fundamental de las intrigas que desembocaron en la creación de un comité especial. Este comité insistió en que Napoleón renunciara al trono y en que un gobierno provisional se pusiera al frente de la nación, una demanda que secundaron las cámaras legislativas.

El 22 de junio, Napoleón abdicó de nuevo a favor de su hijo de 4 años, Napoleón II, rey de Roma. Sin embargo, Fouché, que, según un coetáneo, se había convertido en «el regente *de facto* y el centro de toda intriga», seguía exigiendo la restauración de la dinastía borbónica.⁷⁰ Los legisladores, desilusionados y deseosos de librarse de Napoleón, llamaron a la Guardia Nacional para que los protegiera de cualquier intento de disolver las cámaras. Mientras Wellington y Blücher avanzaban hacia París y Luis XVIII lo seguía «en el tren del bagaje de los aliados», cada vez estaba más claro que Napoleón no podía continuar en Francia. El 29 de junio, partió hacia la costa del Atlántico y, cuatro días más tarde, llegó a Rochefort, donde pensó en escapar a Estados Unidos. Sin embargo, el bloqueo naval británico dificultaba esta posibilidad. Después de pasarse casi dos semanas dudando, el 15 de julio, Napoleón se entregó al capitán Frederick Lewis Maitland del HMS Bellerophon y escribió su famosa carta al príncipe regente de Gran Bretaña, en la que le solicitaba asilo: «He acabado mi carrera política y acudo, como Temístocles, a asentarme en el seno del pueblo británico [...] el más poderoso, constante y generoso de mis enemigos».⁷¹

La batalla de Waterloo. Los cuadros británicos reciben la carga de los coraceros franceses (1874), óleo sobre lienzo de Henri Félix Emmanuel Philippoteaux, Victoria and Albert Museum, Londres. En lo que se convertirá en uno de los episodios más controvertidos de la batalla, el mariscal Ney envió una marea de jinetes contra las tropas de Wellington, que, formadas en sólidos cuadros, mantuvieron sus posiciones.



DOSIER DE PRENSA



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

